La fuente del sabio //Pa

El hombre vivía en la Alhambra. El rey le preguntaba cosas y él siempre respondía razonando:
- Majestad, procure usted en todo momento, comportarse bien con las personas que le rodean. Es el único camino y la verdadera hazaña que le llevará directamente al cielo el día que muera.
- Pero es que a las personas, a veces hay que tratarlas mal y procurar que sufran y que obedezcan para que tengan claro quién es el que manda.
- Majestad, tenga usted siempre presente cada día lo que le digo: No hay otro camino para alcanzar el cielo, el paraíso que todos soñamos, que ser bueno con los demás.
- Tú eres sabio y te respeto pero…

La vida es larga y los problemas cada día se acumulan. Hay que ser fuerte y echar para adelante quitando del medio todo y cada persona que impida hacer lo que yo quiera.
- Majestad, eso de que la vida es larga y que los días están llenos de problemas, es una verdad grande. Pero yo sé que también la vida es como un libro escrito. Si cada capítulo del relato está perfectamente elaborado y colocado en el lugar que le corresponde, al final la historia que resulte, será hermosa y de gran valor. En cuanto esta historia se transforme en libro, el resultado será lo que ya le he dicho tantas veces: una obra hermosa, bien colocado cada capítulo en su lugar y de contenido perfecto.

Pero, majestad, si por alguna causa, de la historia de su vida desengancha los capítulos importantes, mejor es no seguir adelante. Porque aunque llegara a la última página del libro, esta obra no sería bella ni tendría mucho valor.
- Y según tú reflexión, en el relato de mi vida ¿de qué modo están colocados los capítulos?
Y el sabio, sin más razonó al rey:
- Usted ya va muy avanzado en el desarrollo de su historia, su libro personal. Pero un capítulo muy importante se ha quedado atrás. Debería no continuar y esforzarse en recuperar este capítulo que le digo para mejorarlo y ponerlo en el lugar que le corresponde.
Y algo molesto, el rey dijo al sabio:
- Por hoy, ya está bien. En otro momento seguimos con el tema.

Unos días más tarde, el sabio y el rey, hablaron durante mucho rato. Al final el rey muy enfadado echó en cara al sabio:
- Te aprecio mucho porque sé que eres persona noble y muy inteligente. Pero ya estoy más que harto de tus sermones.
- ¿Por qué, majestad?
Se atrevió a preguntar humildemente el sabio.
- Porque un rey como yo nunca podrás ser esa persona buena que dices tú. En esta vida, siempre hay que luchar con los demás para imponer tu criterio, conseguir que te respeten y acumular riquezas. Hay que robar, humillar, maltratar, matar en muchas ocasiones y procurar que las personas sufran y que carezcan hasta de lo más mínimo. Solo de este modo podré mantener mi categoría de rey y poseer palacios y riquezas. La bondad y el buen trato para con los demás, es sólo una utopía y sueño de filósofos y poetas.

Bastante desanimado, el sabio simplemente dijo al rey:
- Señor, no estoy de acuerdo con lo que dice usted pero lo respeto y pido perdón humildemente.
- Pues a partir de ahora, ya sabes.
Se retiró el sabio de la presencia del rey y aquel día y en los que siguieron, se sintió triste y muy apenado. Reflexionando se decía: “Este mundo es un asco. Estoy harto de malos comportamientos de las personas para conmigo y otros. Estoy cansado de ver tanto sufrimiento y comportamientos egoístas en los que tienen poder. Estoy cansado de este mundo y de tantos problemas como veo por todos sitios. Me duele lo que descubro, siento y toco cada día y, aunque mil vete ya me he indignado por todo esto, compruebo una y otra vez que nada mejora. Estoy cansado, muy cansado”.

En el barrio del Albaicín, querían mucho a este hombre porque siempre también a las personas les decía lo mismo que al rey. Pero muchas de las personas de este barrio y de la Alhambra, estaban intrigado. Porque con frecuencia veían al sabio, hombre mayor, delgado y con barbas, caminar por las laderas que hay por donde hoy se alza el Generalife. Nadie sabía qué era lo que por aquí tenía o buscaba pero sí descubrían que, cuando regresaba de estas laderas al barrio del Albaicín o a la Alhambra, su rostro brillaba. Con un resplandor muy hermoso y lo mismo sus miradas y el timbre de su voz.

El rey no se atrevía a preguntarle y en el barrio, algunas personas comentaban:
- ¿Qué es lo que tendrá por allí?
- Parece como si en alguna cueva de esas, guardara alimentos espirituales o se encontrara con algún sabio más grande que él.
- Yo creo que puede ser esto último.
- ¿Por qué no lo averiguamos?
- Podemos intentarlo sin decirle nada a él y procurando que no nos descubran.

Y una mañana de primavera cuando ya los almendros todos estaban lleno de flores, dos hombres bajaron por la ladera. Cerca de un lugar donde ellos habían visto que siempre el sabio se paraba, se acurrucaron entre lentiscos. Esperaron pacientes y al caer la tarde, vieron al sabio subir por las veredillas de esta ladera.
- Ya viene por allí.
Se dijeron los hombres y se escondieron un poco más procurando no hacer ruido ninguno. Lentamente subió el sabio y al llegar a un pequeño talud de conglomerados y algunas rocas, se paró. Se acercó al tronco de un árbol y frente a un pequeño hoyo en el suelo.
- ¿Qué será lo que hay ahí?
Se preguntaron los que acechaban. Desde donde estaban escondidos, miraron muy interesado y solo vieron eso: un pequeño hoyo en el suelo y nada más. Pero observaron como en este hoyo, el sabio metió su mano y formando con ella como un cuenco, al poco la levantó y se la aproximó a su cara. Descubrieron los hombres que el cuenco de la mano del sabio aparecía repleto de agua. Vieron ellos que el sabio bebió varios tragos de esta agua y luego se lavó la cara.

Al punto notaron los hombres que tanto el rostro del sabio como sus ojos y todo su cuerpo, se transformó. Todo él comenzó a irradiar una luz especial y luego alzó sus manos al cielo y susurró: “Gracias Dios por regalarme el agua de este manantial y hacerme saber que este lugar es el camino que me llevará al paraíso y me conectará contigo”. Asombrados quedaron los hombres que acechaban y esperaron un poco más.

Cuando al rato el sabio se marchó y ya bajaba por la última senda, salieron ellos del escondite. Se acercaron al hoyo y miraron con mucho interés. Incrédulos descubrieron que ni en el hoyo ni por allí cerca, se veía agua alguna. Todo el terreno estaba seco por completo.
- Qué raro, si hemos visto que él ha cogido varias veces agua de este pequeño hoyo.
Se dijeron.

Miraron para donde habían visto bajando al sabio y lo vieron acercarse a las aguas del río. Por donde la corriente formaba como una pequeña cascada, descubrieron que el sabio se perdía. Como si se fundiera con las aguas del río y todo su cuerpo quedara por completo invisible. Restregaron sus ojos los hombres que acechaban y, sin más, rápidos regresaron al barrio y contaron lo que habían visto. Nadie los creyeron pero aquel mismo día y al siguiente, varias personas fueron a la ladera en busca del manantial en el hoyo junto al árbol.

No encontraron ni el hoyo ni el agua que los acechadores habían anunciado. El rey de la Alhambra, al enterarse de lo ocurrido y notar que el sabio no aparecía por ningún sitio, también ordenó que buscarán la fuente de la ladera. Tampoco por ningún lado encontraron ni el manantial ni al sabio. Y aún hoy día, después de muchos, muchos años, ninguna persona sabe dónde exactamente brotaba la fuente del sabio. Tampoco nadie sabe cómo y por qué él se fundió con las aguas del río y desapareció para siempre.